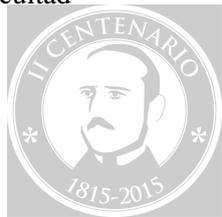


Dulce es soñar si en libertad soñamos

JUAN CARLOS MESTRE
POETA

Enrique Gil y Carrasco no es, lo afirme quien lo afirme, un escritor delicadamente instalado en el justo medio de la pamplina lírica del siglo XIX, ni leve como un cisne, ni un adamado gentil, tampoco un meapilas conservador o un melifluo cliente ante la ventanilla del otoño y la neblina. Enrique Gil fue un ciudadano que habitó el rechazo, como todo individuo romántico, se enfrentó a la tiranía de los hábitos y a la mansedumbre lírica de las retóricas esclerotizantes. Es una indecencia intelectual, aparte de una gran estafa discursiva, seguir manteniéndolo en la hornacina pútrida de los reglamentos costumbristas y las inhibiciones morales, es decir en la ausencia de la pasión colectiva por la emancipación bienhechora de la humanidad, que es lo que en realidad fue y es todo sueño verdadero del talento y la actividad artística. Con la cabeza perforada por el eco de la revolución francesa y la revolución industrial, su sensibilidad infantil alterada por la tela de gallinero de la aristocracia local y las garrapatas ideológicas del clericalismo, su poética balbucea ya desde sus inicios el lenguaje íntimo del rechazo, el distanciamiento vocal de quien abandona las sacristías del idioma para hallar en la exterioridad la visión política del mundo, el lugar revolucionario en que la existencia humana es el gran relato de la precariedad, donde el árbol inserto en el panorama crítico del paisaje adquiere la dignidad de persona y una sencilla violeta es emblema de la debilidad humana ante la intemperie del sufrimiento y los males del mundo. Gil y Carrasco supo desde muy joven que la literatura es el reflejo de la sociedad y la historia de los pueblos, un reflejo sin espejo, una anticipación de los significados del porvenir a través de la nostalgia de futuro, es decir de la utopía y las revueltas de la imaginación. Un buen antepasado, un precursor, eso es Gil, un cariñoso habitante de la verdad en el corazón de la Tierra, de su, de nuestra tierra. Es el rechazo al estatismo contemplativo del yo ensimismado, su lugar en lo ausente del auto enorgullecimiento lo que lo engrandece, su ser otro en la dificultad



del amplio soñar romántico, la alteridad del yo, la audacia de prender fuego al peso negativo de toneladas de retórica hueca de la preceptiva escolástica. Gil no tiene paraíso exterior, no habita otro lugar que el de la conciencia, la mezcla de recuerdo y pasión, el débil territorio donde solo la suprema fraternidad con las palabras puede construir un refugio moral al ser que sobrepone el amor a la sabiduría. Es la rebelión de la melancolía que trae la miseria, el sojuzgamiento mental de los oprimidos por ausencia de herramientas de cultura, ese botón predilecto de los amos, el que dinamiza la dialéctica del rechazo en Gil, la libertad soñada bajo los primeros párrafos del mundo creado por el capitalismo. De dónde viene esa voz del muchacho soñador, de dónde su melancolía insurrecta ante las boberías de su tiempo, de dónde la transgresora soledad de no disolverse en el coro de las voces rendidas a los ángeles muertos. Del rechazo, del asco a los privilegios de la aristocracia como negación del ámbito posible de otro destino colectivo, del afán redentor del arte como voluntad civil de la esperanza. Rechazo al dominio de la racionalidad conservadora, rechazo al orden de la verdad entendida como dominio del fuerte, rechazo al oscurantismo feudal y a la dogmática religiosa. En todas las circunstancias su voz siempre es la de la vulnerabilidad, la conciencia de desvanecerse en lo nombrado y hacerse uno con el género humano, uno en la intensidad trágica del pasado y uno en la efímera personificación de su presente, una misma tumba para el amor, la melancolía y la muerte. Su visión de la experiencia del mundo no está tan lejana a la angustiada búsqueda de la belleza como categoría de lo justo de John Keats, o al humanismo visionario de Percy Bysshe Shelley. Hay en Gil un ser restaurado a su intensidad de vida, o lo que es lo mismo a su intensidad de fuego frente al chantaje de la helada lejanía del pecado. En su vida no tuvo tiempo para el éxito ni para el fracaso, solo para añadir su corazón mortal al latido más hermoso de la Naturaleza inmortal, el del pensamiento libre y la realidad moral de la imaginación.

Enrique Gil es hoy un gran poeta porque no fue en su época un poeta en sentido estricto, es decir un poeta de florilegios líricos a la usanza moribunda de la superstición estilística. Su hoy irradiante presencia intelectual en nuestra cultura está vinculada con la heterodoxia de su conducta como escritor, con el desafío al que sometió la categoría de los géneros y la transversalidad de su pulso crítico ante la historia, la sociología, la política, o el teatro, una dialéctica plena de analogías, entrecruzamientos y convergencias que ampliaron significativamente los horizontes de la percepción intelectual del mundo frente al lugar común



de una lírica entendida como un arte de cetrería o un raquíctico entretenimiento del ocio burgués. Gil amó a Shakespeare y leyó a Descartes, fue un hombre culto y no lisonjero, no un paniaguado de la regencia heredada del absolutismo del Rey Felón y su camarilla de aduladores, sino un convencido liberal, partidario del progreso y de las ideas renovadoras que cuestionaba la demagogia periodística y la prevaricación parlamentaria, la desastrosa política educativa y la errada intervención de los púlpitos en el avance de civilizatorio de la sociedad española. Gil creía, como Shelley, como Byron, como Keats, en la supremacía moral del arte, de la educación y de la cultura, en el valor de la poesía como conciencia reveladora del sentimiento de fraternidad en el corazón de los pueblos, y así lo dejó escrito, en páginas hoy tan extremadamente vigentes frente a la raquíctica realidad que nos envuelve.

Gil es poeta porque desobedece, como todo gran poeta, como todo buen antepasado capaz de enunciar el rechazo, de poner en voz alta lo que conlleva el encargo que nadie le ha hecho pero que está dispuesto a cumplir hasta el último instante de su vida. Acaso la de recordar, entre la niebla de los reiterados inviernos del mundo, cual es el destino que aún lo que canta el ruiseñor y espera de toda construcción imaginaria el destino humano, la condición innegociable de la dignidad, la reafirmación de su lugar moral en la ética de lo justo, en los principios de la igualdad social y los radicales simbólicos de la libertad. Eso es la poesía, ese sigue siguiendo hoy el legado vivo y emocionante, frente a los taxidermistas de la historia, de mi tan joven vecino, mi paisano en la única nobleza respetable, la de aquellos que han puesto su inteligencia al servicio no del mezquino interés personal sino al de las grandes aspiraciones colectivas con la generosidad civil del ensueño y el reparto social de la imaginación. Esa es el gran relato que a mí me interesa, ese es el Enrique Gil y Carrasco que yo admiro y elogio.

Juan Carlos Mestre



Poeta y artista gráfico, nacido en Villafranca, referente fundamental de las letras bercianas y de la poesía española contemporánea en la que irrumpió con *Antífona del otoño en el valle del Bierzo* (premio Adonais 1982) y desde entonces con una sólida obra, *La tumba de Keats*, *La visita de Safo*, *La poesía ha caído en desgracia*, hasta *La casa roja*, por la que mereció el Premio Nacional de Poesía 2008. Sobre Gil ha escrito el ensayo «Historia secreta de la melancolía», con Miguel Ángel Muñoz, introducción a *El Señor de Bembibre* (Austral 2007 y BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, 2015).

